

Seudónimo: Fidas

Categoría: Ensayo

Los condenados

Seguro les ha pasado: casi una hora tarde, la novia no llega. Podría irme, ligarme a una chica en el bar de al lado, por fin hacer las maletas... qué se yo. Esa angustia de la que hablan los existencialistas. Tantas opciones, tanta libertad. La conciencia de hallarme afuera de una plaza y esperando. Ha de estar con el jefe, por eso la minifalda. Le diría que se joda, le diría todas sus verdades si tan sólo contestara el celular. Los mensajes son de cobardes. Miento. Me tiemblan los dedos si se acercan al teclado. Qué diablos pasa, pareciera que arrastran mil cadenas. ¿Y si esta libertad de la que hablamos es mera ilusión? Cabe preguntárselo, incluso a estas alturas del partido.

La libertad se funda en dos hechos. Por un lado, en la conciencia de mi muerte y en todas mis posibilidades que la anteceden. Por el otro, en la capacidad para llevar a cabo dichas posibilidades. Cualquier determinismo es incompatible con esta multiplicidad de sendas. Lo es también con respecto a la responsabilidad del hombre sobre sus actos —una discusión que cobró auge con el iluminismo. Aquí el punto clave está en la capacidad, pues es la base de todo el potencial humano. A la conciencia ya la doy por descontada, al menos en cierta medida.

Surge una primera observación: la acción del hombre está limitada por su naturaleza. Somos un ser biológico, sólo ciertas capacidades nos son inherentes. ¡Vale! no vamos a aventarnos de un acantilado por pensar que esforzándonos un poco nos saldrán alas. Alguien podría decir: “desde el comienzo estoy coartado por mi genética”. Tengamos en cuenta que hablamos de una condición primigenia. No me ha sido impuesta, dado que nada puede imponerse a lo que no existe. Cada uno de los caminos que se abren a mis pies, están ahí porque yo he caído en este mundo. Claro, no es un movimiento voluntario. ¿Quién diablos cae por cuenta propia? Generalmente, “caer” pertenece al orden de las zancadillas y de

los escalones malintencionados. Pero no le pidamos voluntad al vacío. Mi cuerpo crea mis posibilidades, no las disminuye, de lo contrario tendríamos que aceptar un estándar universal *a priori* al cual irle quitando opciones, como si el hombre ideal tuviera la necesidad de cumplir con un único destino. Las posibilidades del ser humano surgen a partir de su gestación, son consecuencia directa del cuerpo que lo constituye y siempre estarán ligadas a él.

El hecho es que yo soy uno conmigo mismo. Sería imposible auto-coaccionarme. Paremos de dividir al hombre en mente y cuerpo, en un yo racional y uno pasional, o cualquier otra clase de dualismo. Reducirlo a un puñado de sus características es negar su propia naturaleza. Uno no puede ser esclavo de sus pasiones, ni de su cuerpo; ambos le pertenecen y lo conforman, por ende, también moldean sus posibilidades. Aquí de lo que se habla es de libertad, un concepto que, a diferencia del libre albedrío, no está circunscrito a las capacidades racionales del ser humano,¹ aunque algunos lo hayan querido ver así.

Lo que está fuera de mis capacidades, lo está, por tanto, de mis posibilidades. El conjunto de éstas últimas representa la extensión de mi libertad. Llevaré este concepto a su punto más radical e hipotético, pues supone el acceso a cada una de ellas. En el mundo real hallamos barreras o situaciones aversivas a las que nuestras metas están asociadas artificialmente. Su presencia significa la presencia del resto del mundo. Lo único que puede coartar mi libertad es la acción del otro. Un “límite autoimpuesto” (nótense las comillas) será el producto de la carencia o el compromiso —de las que ya hablaré más abajo.

Venimos al mundo en un estado de inconciencia tal, que ni siquiera somos capaces de diferenciarnos del resto de las cosas. Si nuestra suerte es el desamparo, lejos de otros seres humanos o lobos con una simpatía comparable a la madre de Romulo y Remo, sólo nos queda llorar y dar algunos espasmos hasta

¹ Estoy seguro que la escuela psicoanalítica rechazaría un postulado que excluyera el plano inconsciente de la conducta diaria de las personas. Incluso los procesos racionales pueden llegar a ser costosos, por lo que, en plena conciencia, prescindimos de un análisis detallado de la información. Por ejemplo, Daniel Kahneman y Amos Tversky han demostrado el uso de estrategias “irracionales” en la toma de decisiones. El hecho de que aún estemos aquí significa que la irracionalidad, después de todo, no es tan mala como pensábamos, es adaptativa.

la muerte. Estamos a expensas del otro. Nacemos en un tiempo dado, en una sociedad con su propia historia, moral, leyes... Serán los otros quienes decidan si somos hombres o mujeres, bonitos o feos, quizá judíos, franceses o clasemedieros. No elegimos nada, no podemos: nuestras capacidades son extremadamente limitadas. La libertad es inconcebible bajo estas condiciones.

Podríamos decir que nacemos siendo esclavos. En realidad esta condición la alcanzamos mientras adquirimos conciencia de nosotros mismos y lo que nos rodea. Quizá exagero al utilizar el término esclavo. Quiero vaciarlo aquí de muchas de sus connotaciones para resaltar únicamente el sometimiento, aunque sea parcial, a la acción del otro. Recordemos que para sobrevivir, primero debemos someternos.² Evadir el orden establecido nos conduciría, en el peor de los casos, a la muerte. Renunciar a nuestras posibilidades en la infancia da como resultado su multiplicación en el futuro. El chiste es esperar agazapado hasta que llegue el momento de batir las alas.

De nuevo, el meollo del asunto está en la capacidad, en este caso, en su carencia. La carencia surge por la falta de alguna habilidad o por desaprovechar los productos que podamos obtener de ellas. Me refiero a las habilidades que no dominamos, bien sea porque nos encontramos a medio camino de su adquisición, bien porque no nos interesan o hemos postergado su aprendizaje nomás por la pura desidia. También incluyo a las habilidades que están fuera de nuestro alcance. Estos casos difieren de aquellos en los que la adquisición de ciertas habilidades, o bien de los productos que granjean, le ha sido negada a la persona. Un ejemplo muy famoso me viene a la cabeza: Genie, que vivió sus primeros años aislada en una habitación. Si al ser humano se le impide desarrollar su potencial ya no hablamos de carencia, sino de despojo.

Somos potencia, en otras palabras, somos carencia. Nuestras posibilidades se crean y se expanden en la interacción con los otros y el resto del mundo. Con un poco de ayuda podemos superar las carencias. Es fácil distinguir hasta donde

² Richard Dawkins, en alguno de sus documentales, mencionó su hipótesis acerca de la obediencia infantil: suponía que la evolución nos había hecho crédulos para hacernos, también, obedientes, al menos mientras adquirimos las habilidades necesarias para valernos por nuestra cuenta.

llegan las posibilidades de una persona en un tiempo y lugar determinado. Con la humanidad, en cambio, aún nos falta un largo camino para vislumbrar sus límites. Sin embargo, los hay. El hombre busca ensanchar sus posibilidades, pero ante un universo infinito —inabarcable— sólo nos queda una carencia infinita. Somos movimiento. Estamos en negación constante del estado actual, como personas y como especie. Es una huida hacia adelante que sólo puede acabar con la muerte.

El hombre tiene sueños de reptil. Quisiera lograr la autosuficiencia, reducir la dependencia al mínimo. Nos toca aceptar que somos gregarios. Mis posibilidades están unidas a los que me rodean y se desbordan hacia gente que jamás conoceré. De vez en cuando debo ceder para no perderlas. Podríamos entrar en un choque directo, imponer nuestra voluntad; recurrir al berrinche, a los golpes, incluso negociar, pero toda negociación implica una pérdida, por muy pequeña que sea. Cada uno busca extender su margen de dominio, he ahí el conflicto eterno. Queremos dominar sin perder a los dominados, evitar que tras el choque de intereses los otros se alejen. Nos preocupa hallar trabas en la cooperación. Tarde o temprano nos veremos en la necesidad de renunciar, aunque sea por mera estrategia.

Habitualmente, los estímulos aversivos de este tipo se pasan por alto. Le dedicamos más atención a las formas explícitas del castigo, como las establecidas en las leyes de un Estado. La finalidad de ambos tipos es la disuasión y la restricción de la libertad. Hay otras formas de restricción, pero éstas, en cambio, son *a priori* al acto, es decir, están destinadas a impedir que el individuo realice un objetivo particular. Pueden adoptar el uso de la fuerza, ya sea que se ejerza sobre nosotros o sobre alguien más con el que podamos asociarnos para llevar a cabo nuestra finalidad. O bien, pueden ocultar algunas de las opciones de nuestra gama de posibilidades mediante la desinformación, la censura o el silencio. El objetivo es obligarnos a renunciar.

No importa si la renuncia se hace con total voluntad y agrado, lo importante es que se ha cedido para satisfacer al otro. La satisfacción de uno mismo sería sólo un efecto secundario. A veces, el autoengaño sirve como un alivio

psicológico. Creer que las opciones sobrantes son las más convenientes, deriva en un sometimiento mayor. La fe ciega en la autoridad, un sentimiento de superioridad moral por sobre aquellos que nos impiden tener las mismas opciones, la satisfacción de la vida austera: son algunas formas que toma el autoengaño. Si no reconocemos la génesis de esta postura —la defensa psicológica en lugar de un análisis racional—, estamos condenados a la pasividad.³

Un caso aparte es el compromiso con uno mismo. Con él apartamos las opciones que nos puedan perjudicar, pero procurando, antes que nada, nuestra satisfacción. En este sentido, se puede hablar de una afirmación del Yo, aun frente a la renuncia. La libertad permanece intacta cuando el compromiso emana de la propia voluntad. Las dietas son el caso típico. Apenas flaqueamos, nos hacemos amarrar a un mástil, como lo haría Odiseo frente a las sirenas.

Al fin un espacio libre de interferencia... bueno, no del todo, si consideramos que en nuestro desarrollo hemos sido condicionados para pensar de tal o cual manera —estamos infectados por memes, dirían Richard Dawkins y Daniel Dennett. Es un condicionamiento anclado en las ideas, más allá de la propuesta Skinneriana: estímulo-respuesta. No somos origen, sino convergencia. Estamos determinados por el entorno, una arquitectura específica para dar sentido a la realidad.

El mundo está construido, desde la lengua, por la interrelación de los miembros de la sociedad. Hay creación individual, pero se engendra a partir de la cultura, es decir, es la desviación de un modelo. Las desviaciones también son grupales. Conllevan a la evolución continua del modelo. No obstante, este proceso tiende a la estabilidad. Sin esta cualidad, el modelo es incapaz de esparcirse y consolidarse en la mente de cada sujeto. El objetivo es construir un mundo, hacerlo parecer lo más natural posible, como si se nos revelase una verdad eterna. Ante una realidad cambiante, se plantea una ilusión de permanencia. El modelo expone “hechos”, luego evita cualquier discusión. Entonces, un hombre

³ Por esta razón, el origen de Siddhartha Gautama, el Buda, es muy oportuno. Quién mejor para predicar el desapego del mundo material que un príncipe capaz de tenerlo todo. El linaje garantiza que sus enseñanzas han nacido de la iluminación y no de la resignación a una situación precaria.

orinará de pie porque así es como lo hacen los *hombres*, y el compromiso de la dieta se hará para cumplir con los estándares sociales.

El mundo carece de una significación *a priori*. No hay esencia a la cual invocar. Que los “hechos” sean evidentes por sí mismos es un signo de la eficacia del modelo cultural al que estemos sometidos.⁴ Si ya comprendimos que el modelo está incompleto, es decir, no está fijo en una supuesta esencia, por qué aferrarnos a nuestros esquemas.

Arriba he abogado por un concepto de *libertad radical*. Si queremos llevar la libertad al extremo, debemos despojarlo de sus aspectos morales. Es indispensable resaltar lo hasta ahora mencionado: la libertad está vinculada a la oportunidad de llevar a cabo cada una de mis posibilidades, procurando, en primera instancia, mi propia satisfacción. En otras palabras, la libertad es el ejercicio del dominio total. Por lo general, cuando hablamos de libertad tendemos a incluir otros valores y derechos como si vinieran en el mismo paquete y un concepto implicara al otro. La *libertad radical*, en cambio, está completa en sí misma, no necesita explicarse acudiendo a la ética, las leyes, las costumbres, la razón, etc. Tampoco puede subdividirse para dar prioridad a la realización de cierto conjunto de posibilidades. Es un concepto de todo o nada. Su propósito es independiente del bien o el mal que pueda acarrear. En consecuencia, el libertinaje se convierte en una mera etiqueta moral para el uso pleno de la libertad. La represión de una dictadura es comparable, en cuanto a expansión del dominio, a los hechos más banales de la vida cotidiana. “La libertad de uno termina donde empieza la del otro” resulta una frase contradictoria, si se toma en cuenta el grado de coerción que implica.

Parecería un planteamiento *ad absurdum*, de no ser por lo siguiente: la *libertad radical* es útil en tanto que es hipotética —inexistente. Sólo un dios, en su omnisciencia y omnipotencia, puede abarcar cada una de sus posibilidades; dejar

⁴ Louis Althusser, en *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, nos dice que este dar por hecho lo “evidente” es la función de reconocimiento de la ideología. Dicha función es tan sutil, que lo que percibimos como “evidente” con frecuencia lo consideramos fuera de la ideología, cuando en realidad es su producto. De este modo, la ideología se niega como tal.

de ser potencia para volverse totalidad. El hombre, al ser carencia, no puede siquiera vislumbrar la gama completa de sus posibilidades, ni comprender la naturaleza de muchas de éstas, ni los condicionamientos que lo motivan, ni echar abajo las barreras. Si la libertad es ilusoria, si estamos condenados a arrastrar las cadenas, la perspectiva cambia. Ya no importa defender un espacio dado y reconocido por terceros, sino conquistar el propio.

Se ha delegado en otros la defensa de nuestra libertad. Creemos que le compete al Estado ser su mayor protector. La creación de un sistema de gobierno, llámese tribu o Estado, se da para garantizar la supervivencia y reproducción de los miembros del grupo —por tanto, también de la riqueza—, así como para asegurar el ejercicio del poder de unos cuantos individuos sobre el resto, lo que genera el elemento de coordinación. El gobierno, con la mirada puesta sobre estos objetivos, es indiferente ante la libertad de sus gobernados. La supervivencia del grupo es independiente a las condiciones de vida de sus miembros, siempre y cuando éstas posibiliten el cumplimiento de las obligaciones para con el grupo. El gobierno, al lograr estas metas, se convierte en una estructura cuyo principal objetivo pasa a ser la perpetuación de sí misma. No hay garantías para una supuesta libertad.

La postura pasiva de defensa de lo dado, desincentiva cualquier cuestionamiento a lo que damos por hecho. Con la libertad planteada como un proceso de conquista, se intenta comprender la gama de nuestras posibilidades y los condicionamientos que nos guían. Se opta por una posición activa para poner en tela de juicio la realidad planteada por el modelo cultural dominante. Ganar el espacio vital que le permita actuar a su antojo, es la verdadera autoafirmación del individuo. Se diluye así la separación histórica entre la interpretación de la libertad positiva y la negativa.⁵ Uno es quien impone su dominio, creando así sus grados de libertad. La responsabilidad de llevar a cabo este proceso está en uno mismo.

¿Nos lleva esto al surgimiento de pequeños tiranos? No. Los individuos están interrelacionados y son interdependientes. La lucha de todos contra todos

⁵ Para profundizar un poco sobre la libertad positiva y negativa, consulte *Dos conceptos de libertad*, de Isaiah Berlin. O bien, diríjase a Wikipedia.

llevaría al caos, difícilmente la especie sobreviviría más de unas pocas generaciones. Al fin de cuentas, se debe llegar a un consenso capaz de encajar con el modelo cultural propuesto. La libertad es un proceso que rebasa la esfera individual. A cada sociedad le compete establecer qué grados de libertad serán aceptados. Son ellas quienes delimitan hasta dónde puede actuar cada uno, los castigos a los infractores, los atenuantes, etc. Al final se establece un criterio de normalidad, al cual deberán apegarse para convivir más o menos de forma pacífica.

En cierta medida, este concepto de libertad como proceso queda flotando. No hay una significación unívoca, un modo de ser que indique hacia dónde ir, qué directrices tomar en la fundación de una nueva realidad. El significado se construye en una eterna lucha de voluntades: entre sociedades, entre sectores sociales, entre individuos y entre sociedad e individuo.

Puesto que no hay una noción fija de libertad, ni garantías que aseguren un espacio vital y que sean necesarias por sí mismas, debemos entrar en pugna con los otros para ensanchar nuestros límites. No obstante, en la medida en que el modelo cultural permita el máximo ensanchamiento posible a cada uno de sus integrantes, sin que ello suponga el caos social, asegurará su permanencia. De lo contrario, si no se reconoce al individuo como tal —“como fuente independiente de actividad humana”, diría Isaiah Berlin—, podría estar sembrando la semilla de su propia destrucción.

La libertad a medias no es libertad. Por ende, la *libertad radical* es inexistente. Al poner el énfasis en esta ausencia, se promueve el acto. Hoy en día, hay algo ajeno al individuo en el significado que tiene la libertad. Se trata de un reconocimiento que nace desde el otro, no adquirido por la acción de uno mismo; un regalo cuyo objetivo es mantener el *statu quo*. El hombre debe adquirir suficiente conocimiento y poder para obtener, por propia cuenta, sus grados de libertad. Si se habla de ella, habrá de referirse a este proceso difícil e interminable, pues la pugna es constante y nuestras capacidades limitadas. El proceso se agota con la muerte sin llegar a su “fin último”: la *libertad radical*. Somos un completo

devenir, nunca llegamos a un estado absoluto en el transcurso de la vida. Nuestro sentido es el proceso mismo.

Entonces, qué acto más sublime que mandarle este mensaje: “Me voy. Lo nuestro no tiene remedio. Hasta nunca”. Mi dedo se detiene justo a tiempo. El cabello suelto, el suave contoneo de sus caderas. Se acerca ella sin el menor presentimiento.

—Perdón, se me hizo tarde.

—Ni lo noté. Se me fue el tiempo pensando.

—¿En qué?

—...En ti amor, en qué más.